



Luis Blanco-Soler, autor del hotel Wellington de Madrid. Historia, maqueta y granja

Gerardo Peña González
Ingeniero industrial

Palabras clave: Luis Blanco-Soler, Hotel Wellington de Madrid, racionalismo

Key words: Luis Blanco-Soler, Hotel Wellington in Madrid, rationalism

La doctora Silvia Arbaiza Blanco-Soler, en el número 117 del *Boletín de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando*, ha publicado un importante artículo en el cual traza la trayectoria constructiva de su ilustre abuelo el arquitecto Luis Blanco-Soler, el cual tras una brillante carrera profesional durante los años treinta, en la posguerra de la Guerra Civil española acabó siendo Director de la Real Academia de San Fernando. En su pormenorizado texto, Silvia Arbaiza señala que el edificio del Hotel Wellington, que hace esquina en la calle Velázquez con la calle Villanueva, es una obra de gran prestancia arquitectónica y categoría urbana de mediados del siglo XX.

Por mi parte y como donante de la maqueta original del Hotel Wellington, que ahora se expone en una de las salas del Museo de la Real Academia de San Fernando, quiero relatar cual fue la razón que hizo posible la historia de la construcción de este edificio tan significativo de su época y concepto de la hostelería moderna.

Como preámbulo, indicaré que lo que expongo proviene de mis recuerdos de antaño y de mi relación familiar personal con el propio hotel, ya que su fundador, mi tío abuelo Baltasar Ibán, recién terminada nuestra Contienda Civil adquirió un palacete situado en el número 36 de la calle de Villanueva, donde él llegó a vivir un tiempo junto a varios miembros de nuestra familia, hermanos suyos y también mi madre.

Recibido: 17 de octubre de 2017

Devuelto para correcciones: 25 de octubre de 2017

Aceptado: 10 de noviembre de 2017

Baltasar Ibán, allá por el año 1944 decide que la ubicación del palacete familiar sería un lugar idóneo para levantar el Hotel que él se había propuesto construir. Al ser ésta una ubicación exclusiva dentro de la ciudad de Madrid, la edificación debería de ir acorde con el clasicismo predominante dentro del Barrio de Salamanca, y es entonces cuando se plantea la búsqueda de un arquitecto con la categoría suficiente para diseñar la edificación que por ahora el tan solo intuía, y es en ese año cuando Don Luis Blanco Soler, insigne arquitecto, entra en escena.

Aparte de la relación profesional para llevar a cabo el proyecto del Hotel, comenzó entonces una relación personal importante entre ambos, arquitecto y empresario-fundador, que duraría para siempre a lo largo de sus vidas, de tal forma que como arquitecto Blanco Soler hizo posteriormente toda una variedad de proyectos para él, tanto urbanísticos como industriales y residenciales.

Blanco Soler que por aquel entonces tendría 50 años, para su primer proyecto del Hotel trabajó con los terrenos disponibles tan solo en la calle de Villanueva, donde se ubicaba el citado inmueble. Pero después mi tío tuvo la posibilidad de adquirir el Hotel Peñón, de carácter modesto que ocupaba la esquina de la calle Velázquez con Villanueva.

El arquitecto, ya una vez comenzada la obra tuvo que modificar el proyecto original para ampliarlo y hacer la entrada al Wellington por la esquina entre ambas calles de Villanueva y de Velázquez. Posteriormente y años más tarde, en los 60, el mismo Blanco Soler diseñó y dirigió otra ampliación posterior, ya que mi tío adquirió la edificación contigua al propio Hotel, ya construido y terminado, en la misma Calle de Velázquez. Esta edificación fue demolida para llevar a cabo la última ampliación, en ella curiosamente el escritor Ramón Gómez de la Serna tuvo instalado, en una parte del mismo en su prominente torreón, su famoso estudio y residencia.

Todas estas ampliaciones, es de esperar que traerían de cabeza al insigne arquitecto que tuvo que modificar, adaptar y ampliar su proyecto acorde con las nuevas compras de solares, que se producían en el tiempo. Aun así, entre ambos, arquitecto y mi tío, sacaron el proyecto adelante. Trabajaron juntos, desde la elaboración de los primeros bocetos allá por el ya mencionado año 1944, hasta la inauguración primigenia del Hotel en abril del año 1952.

El proyecto original contemplaba tan solo 100 habitaciones en la Calle de Villanueva, que después pasaron a 160 cuando se amplió y se incluyó la esquina con la Calle Velázquez, y que finalmente otra vez Blanco Soler culminó en una capacidad de 255 habitaciones, que son las que tiene en la actualidad el Hotel Wellington con esta última ampliación de los 60.

Anecdótico es que nunca se cerró el hotel durante su última ampliación. El arquitecto, programó y gestionó todo de tal manera, que simplemente se fueron tirando paulatinamente piso por piso unos tabiques palomeros divisorios que se habían ido dejando, cerrándose tan solo para ello la entrada al piso correspondiente y solamente en el ala derecha del edificio el que da a la calle de Velázquez.

No tengo claro si Blanco Soler evolucionó de su racionalismo constructivo de esa época, que como ejemplo podríamos tomar su otro Hotel madrileño, el efímero Gaylord, del que también nos habla su nieta en su relato, y que sucumbió a la piqueta al poco de finalizar

nuestra contienda civil, o si por el contrario fue como consecuencia de las ampliaciones que iban teniendo lugar incluso ya comenzado el proyecto, pero lo que si es cierto es que su evolución a una construcción con características neoclásicas va quizás más en concordancia con los edificios y el entorno arquitectónico del Barrio de Salamanca, en donde en la actualidad el Wellington deja una impronta imperecedera en el comienzo de la céntrica calle de Velázquez de Madrid.

Me puedo imaginar los problemas o planteamientos que mi tío podría haber impuesto a Blanco Soler, además de los cambios en volúmenes de la edificación inicial. Mencionar aquí su carácter casi visionario, en cuanto al requerimiento que le impuso para que incluyese en el diseño, un amplio espacio para exposición de automóviles, ya que él era importador de varios fabricantes. También que contemplase una amplia zona de aparcamientos, en una época en la que sencillamente eso no se hacía y no era una necesidad perentoria. El parque automovilístico nacional era muy reducido en aquellos tiempos. No obstante; el arquitecto incluyó una exposición amplia para automóviles a nivel de calle en la fachada de la calle Velázquez, que después, se convirtió en lo que es ahora la Cafetería La Llave de Oro del Hotel, y que su nieta una vez más describe ampliamente en su relato.

La exposición de automóviles, se amplió y se trasladó disociándose en dos locales diferentes ubicados en otros dos de sus edificios dentro de la misma manzana, concretamente en Núñez de Balboa 3 y en Alcalá 101, instalaciones que Luis Blanco Soler diseñó en la línea con los conceptos de *vanishing front* a los que hace referencia su nieta.

Bajo rasante diseñó para el hotel unos espacios de aparcamiento de considerables dimensiones y en varios niveles, que a su vez interconectó con los de las edificaciones colindantes ya mencionadas de su propiedad, y que fueron todo un alarde de arquitectura subterránea.

Para el Hotel Wellington, el arquitecto, eligió una solución constructiva en la que la cimentación, basamentos de carga y compartimentaciones bajo rasante se realizaron en hormigón armado. Para su despliegue vertical eligió entramados con vigas de acero, usando ladrillo para su desarrollo en altura. Las fachadas exteriores fueron chapadas tanto con láminas y remates en piedra de Colmenar, como con granito labrado, donde con la impronta de esa mezcla, y la profusión de uso de dichos remates en ventanas y balconadas, consiguió Blanco Soler dar un aspecto de horizontalidad al edificio muy característico, con una prestancia especial que me atrevería a describir como imperecedera.

La parte interior del Hotel cumplía con unos cánones de diseño diferentes a los que estaban en boga entonces en otros hoteles normalmente norteamericanos, donde se le daba gran importancia a los grandes salones con grandes accesos a recepciones grandiosas. En el Wellington lo primordial fue el dar el máximo a las habitaciones del propio cliente y dejar la parte de uso común más aquilatada a los gustos europeos. Pero aun así dio al Hotel distintos salones de dimensiones importantes, pero ya más acordes con el concepto europeo de proporcionalidad espacial más reducida.

Las habitaciones que diseñó Blanco Soler eran de tres formatos diferentes; las normales eran amplias con su baño independiente y con un pequeño hall de acceso al dormitorio a

través de una puerta de paso. La siguiente tipología de habitación la conformaba el propio dormitorio con su baño independiente, pero con un pequeño salón que daba una amplitud mayor al conjunto. La tipología superior la conformaban dos habitaciones independientes con sus respectivos baños, pero compartiendo ambas un gran salón común, siendo los tres formatos todos ellos conceptos muy pioneros para la época.

Para la decoración de las dependencias del Hotel se hizo cargo la renombrada casa Biosca de Madrid, que tuvo un papel importante en darle ese toque de distinción que tanto se buscó desde los primeros momentos. Ambos arquitecto y mueblista-decorador trabajaron coordinadamente para llevar a cabo la personalización de los muebles que se utilizaron. Esta fue tal, que los muebles todos ellos en maderas nobles, se fabricaron en las dependencias propias del Hotel, incluidos los de la “planta joven” que menciona su nieta, y a donde se trasladaron para trabajar los operarios de Biosca.

Anécdotas dignas de mención pueden ser el hecho de que las lámparas de los dormitorios eran de cristal de Murano diseñadas y fabricadas exclusivamente para el Hotel, como también menciona su nieta, diseñadas por su abuelo. Su diseño era similar a un paraguas invertido que con el tiempo se denominó el modelo Ibán. Se da la circunstancia que en una remodelación del hotel, y en aras de la modernidad y el minimalismo, la mayoría, sino todas fueron sustituidas, por focos halógenos. Yo logré salvar una veintena de ellas, que más tarde fui regalando a familiares y amigos, manteniendo algunas en mi propio domicilio, siendo ahora un buen recuerdo de aquella primigenia decoración.

Los cuadros decorativos, mayormente grabados del siglo XIX, eran franceses de Rigaud los más simples y de Gallard los más elaborados y con más policromía. Todos ellos por detrás llevaban un sello que rezaba Colección Baltasar Ibán, con su numeración correspondiente a la catalogación de dicha colección. Los marcos en maderas nobles igual que la de los muebles estaban diseñados por Biosca en conjunción con el arquitecto, y también se fabricaron en el propio hotel. En la actualidad algunos de ellos siguen en uso, renovados con marcos de dudoso empaque, otros fueron sustraídos y lamentablemente algunos de ellos fueron coloreados arbitrariamente y cuelgan todavía de algunas de las paredes en diferentes zonas del Hotel.

En esos años, posiblemente durante 1948 se construyó una maqueta de gran calidad constructiva que yo de pequeño, y a finales de los años 50, admiraba dentro de su urna en el despacho que mi tío mantenía en sus oficinas de la Calle de Núñez de Balboa, nº3.

Con el devenir del tiempo, y a los pocos meses de su fallecimiento, sus oficinas pasaron a ser utilizadas por alguien que no tenía que ver con nuestra familia. Literalmente la maqueta fue sacada de su despacho y tirada a un contenedor. La suerte hizo que yo viviendo en el mismo edificio y viendo aquello, con la ayuda del conserje de la finca pude rescatarla y la subimos a mi domicilio. Pensé en mi tío y el que la maqueta tuviera que ser rescatada de un contenedor, era injusto y un gran menosprecio, por parte de los nuevos inquilinos.

Con el tiempo la maqueta se mudó conmigo, y pasado nada menos que casi medio siglo, se dice pronto, comiendo un día en mi casa con su familia, Antonio Bonet Correa, Director entonces de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, salió como muchas veces el tema del arte y la arquitectura. En ese contexto empezamos a hablar de

Luis Blanco Soler, su arquitectura y su vinculación con el Hotel Wellington, y como no podía ser menos, de la maqueta que se había construido del Hotel.

Antonio Bonet se mostró interesadísimo en verla. La subimos al comedor, y le quitamos la protección que había tenido todos esos años. La expresión de Antonio Bonet al descubrirla, creo recordar que fue “magnífica”. Parecía que al fin el interés que puse en conservarla, que no sé incluso de donde vino, pensando quizás en mi niñez, en mi tío o simplemente por el apego familiar, con la expresión de Antonio supe que la maqueta finalmente podía haber encontrado su lugar y se conservaría.

En este estado de pensamientos no recuerdo exactamente si salió de Antonio Bonet o de mí, el caso es que ambos coincidimos y convinimos que el mejor sitio para el futuro de la maqueta sería dentro de las dependencias de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, y por dos razones principales.

Primero, para que la maqueta perdurase en el tiempo, y con el objetivo de que, con su exposición pública, sirviera en el futuro a estudiosos y visitantes, para la comprensión de una obra importante de nuestro legado arquitectónico y después y también como tributo a ese insigne arquitecto, Luis Blanco Soler, que fue Director de esa Academia durante los últimos cinco años de su vida, desde 1983 a 1985, además de recordar al insigne empresario que la hizo posible, mi tío abuelo Don Baltasar Ibán.



Figura 1. Maqueta del Hotel Wellington

Fuente: fotografía del autor

La maqueta sufrió una serie de desperfectos, los más importantes durante su paso por el contenedor, y algunos de menor entidad durante sus diferentes traslados en el tiempo. Posteriormente estos fueron subsanados, por un gran amigo, tanto de Antonio como mío,

y gran aficionado y experto en maquetismo, Don Javier Rodríguez Amunátegui, que con paciencia y algunos meses de dedicación logró revertir todos los daños (figura 1).

Más tarde D. Fernando de Terán, sucesor de D. Antonio Bonet como Director de la Academia, recibió la maqueta, y agradeció a ambos la donación en un acto entrañable. A través del mismo, nuestra protagonista podría ser la primera maqueta, como expresaba Don Antonio Bonet, en pasar a formar parte de la Sala de Arquitectura en la que se tenía previsto se agrupasen todo el fondo de Maquetas de obras singulares arquitectónicas de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, agrupándolas para su exposición pública bajo unos parámetros arquitectónicamente estructurados.

Con esto he querido dar una pincelada personal a tan singular obra a través de la historia de una maqueta y el nombre de Wellington, que según decía mi tío, lo utilizó por su universalidad patriótica con España, en el devenir de nuestra historia, liberando a nuestro país del yugo de Napoleón.

La Granja Wellington de Blanco Soler, culminación de una idea

No es muy conocido hoy en día que asociado al proyecto del Hotel Wellington de Blanco Soler en la calle de Velázquez de Madrid y concatenados ambos en diseño y explotación, se trazó y se construyó otro complejo que se denominó, La Granja Wellington, situado en San Fernando de Henares junto al río del mismo nombre.

Era una explotación agrícola de unas 40 hectáreas. Se ideó para abastecer al Hotel de toda clase de productos exclusivos, de huerta, cereales, cárnicos, porcino, vacuno, corderos, de toda clase de aves como gallinas, patos, pavos gansos, ocas, perdices, codornices y huevos, realmente de todo, incluso se elaboraban patés. Baltasar Ibán supervisaba muy directamente la explotación que también era asiduamente visitada por Blanco Soler por amistad, por esparcimiento y para añadir y diseñar espacios que iban surgiendo como necesidades en el tiempo y que él supervisaba muy directamente, creo que hasta el fallecimiento de mi tío, ambos no pararon de incluir novedades.

En su diseño Blanco Soler planificó un pequeño pueblo para unas veinte familias, incluyó una Iglesia y una pequeña capilla, ésta última dedicada a la Virgen del Carmen, donde se celebraban las misas los domingos. Tenía sus propios silos para los granos y para los piensos, elaborados en la misma Granja y también tenía una pequeña escuela con su anexo a modo de guardería. Incluso se construyó un anexo con dependencias para la Guardia Civil que durante un tiempo se encargó de la seguridad de todo aquel complejo.

Para Ibán, Blanco Soler diseñó en los mismos terrenos y un poco apartado un Chalet de posiblemente más de 2.000 m². Muy limpio de líneas, muy práctico pero elegante y grandioso a su vez, solo el salón comedor podía tener 300 m²., todo muy en línea con lo que menciona su nieta sobre estos tipos de construcciones suyas.

Tenía dos dormitorios principales en un ala y cuatro para invitados en la opuesta, todos con sus baños independientes y algunos con sus propios salones. Tenía muy amplias y cómodas dependencias para el servicio, con cocinas comedores y despensas. También tenía dos piscinas climatizadas una de ellas en el interior de la vivienda. Se accedía a la misma directamente desde las habitaciones privadas o desde el inmenso salón.

Para concluir este texto acerca de la construcción del Hotel Wellington y las relaciones establecidas entre el arquitecto Luis Blanco Soler y mi tío Baltasar Ibán, quiero afirmar que su encuentro fue providencial. Ambos tenían un mismo sentido de la modernidad, tanto en la arquitectura, como en lo urbano y lo ecológico; su sintonía personal fue total, respecto al diseño, y a la decoración, y la funcionalidad de un edificio de acogida a una selecta clientela nacional y extranjera. Pronto, el contacto profesional del arquitecto y empresario, acabaron convirtiéndose en la materialización de una idea, quizás un sueño, que en su día fue pionera y que aún, pese a los años pasados, sigue estando vigente.



Figura 2. La Granja Wellington

Fuente: fotografías del autor

La estrecha coincidencia en la realización del proyecto emanaba de idénticos anhelos. Al sentido funcional del racionalismo arquitectónico, ambos supieron unir la excelencia de un clasicismo académico de orden monumental. El Hotel Wellington, tanto en su interior como en sus espacios exteriores, representa el mejor y más paradigmático ejemplo de los

años del desarrollo económico llevado a cabo en una época en la que cada vez quedaban más atrás los años grises y anodinos de la penuria material sufrida tras el desastre bélico entre los españoles. Una nueva era parecía entonces alumbrarse.

© Copyright: Gerardo Peña González, 2018

© Copyright: *Biblio3W Revista Bibliográfica de Geografía y Ciencias Sociales*, 2018

Ficha bibliográfica:

PEÑA GONZÁLEZ, Gerardo. Luis Blanco-Soler, autor del Hotel Wellington de Madrid. Historia, maqueta y granja. *Biblio3W. Revista Bibliográfica de Geografía y Ciencias Sociales*. [En línea]. Barcelona: Universidad de Barcelona, 5 de enero de 2018, vol. XXIII, nº 1.223. <<http://www.ub.es/geocrit/b3w-1223.pdf>>. [ISSN 1138-9796].